

Ulrich Beck. **Sociedad y desarrollo. La sociedad del por qué no.** *En publicación seriada Tareas*, Nro. 115, septiembre-diciembre 2003. Ceta, Panamá, R. de Panamá. P.p. 97-104.
ISSN: 0494-7061. Disponible en la web: <http://168.96.200.17/ar/libros/tar115/beck.rf>
Índice de la Publicación: <http://168.96.200.17/ar/libros/tar115/index115.html>

SOCIEDAD Y DESARROLLO

LA SOCIEDAD DEL POR QUÉ NO*

Ulrich Beck**

Artículo tomado de *Die ZEIT*, 1999. Traducción de Luis Pulido Ritter y Kirsten Althaus.

**Profesor de sociología en Munich y en Londres.

¿Qué viene después del gobierno “Rojo-Verde” en Alemania? ¿Después del “Nuevo Laborismo”? ¿Si fracasa la política de la “izquierda del medio”? Mi sospecha: vienen nuevos totalitarismos del “por qué no” que quieren conquistar el poder no solamente en Austria o en Suiza. Y para fundamentarlo pregunto por el lugar de lo político en la segunda modernidad.

Desde la antigüedad se piensa y se practica la política territorialmente, en otras palabras, en la equiparación del espacio, del Estado y de la comunidad política. Son Estados territoriales encadenados las primeras ciudades-Estados en Grecia, como también los históricamente jóvenes Estados-nacionales del presente. Con el triunfo del proyecto nacional de la modernidad durante los últimos 200 años, la humanidad se desintegra en espacios políticos y unidades que piensan la identidad territorialmente. Por lo tanto, los Estados nacionales no reconocen ninguna autoridad sobre ellos.

Esto no es válido, sin embargo, dentro de un sistema de unidad, como muestra el esquema del federalismo. La más pequeña sociedad de territorio es la comunidad, que es parte de una región y ésta es parte del Estado central. La vida política es organizada por esta pirámide de responsabilidades dada por la geografía. Democracia federal significa que hay un orden escalonado del espacio comunal, regional y de la solidaridad nacional, y en cada escalón los ciudadanos (entiéndase: ciudadanos territoriales) determinan prioridades, solventan conflictos y encuentran decisiones mutuas y obligatorias.

Esta es mi tesis central: La tierra está siempre pegada en todos los conceptos e instituciones a lo político. Hay una premisa territorial en la comprensión dominante de la democracia, el Estado, la comunidad política, la soberanía, el monopolio sobre la violencia, el federalismo, la sociedad civil, el parlamento, los derechos civiles y los ciudadanos. La tendencia principal de la teoría política contemporánea se apoya obsesivamente en la equiparación del lugar y de lo político.

De aquí se deriva mi segunda tesis: Este apriori territorial se desintegra en la medida en que se forma la sociedad posnacional. Esto significa: Todo cambia cuando la vida en sociedad se desprende de la relación espacial, cuando una ola de movilidad transnacional de gente, economía y riesgos termina con el apriori territorial. Por lo tanto, está la pregunta decisiva de si la democracia sobrevive a esta revolución y si es posible una transformación de lo político. ¿Y qué pasa si fracasa?

La gran despedida reflexiva de la política, la elección electiva de la posmodernidad, los sistemas teóricos y el neoliberalismo han borrado del catálogo de las preguntas serias esta pregunta sobre “la invención de lo político” en la era posnacional. Quien, sin embargo, pregunta sobre el renacimiento de lo político se somete a la burla de los pensadores de segunda mano. Se ofrece así sobre la escena de lo político y de la ciencia política (con notables excepciones) la misma imagen: el reflejo proteccionista domina la escena en todos los colores políticos.

Unos quieren salvar la nación, los otros la democracia, los terceros el Estado-social, los cuartos la naturaleza. Pero todos los valores deseables – nación, democracia, la conciencia social y la protección ambiental - dependen, siguiendo la opinión dominante, de la comprensión territorial del Estado y, con su puesta en cuestión, también peligran estos valores. Esto es más sorprendente puesto que el experimento Europa solo resulta si se sale de la comprensión política territorial.

¿Qué significa, entonces, sociedad posnacional? En primer lugar, significa que a partir de la globalización de las biografías se da la conclusión equivocada de que hay una deducción automática de que el color de la piel determina el origen, la lengua, el pasaporte, la identidad nacional y la lealtad. Envejece una imagen epocal de la sociedad. Si se concibe a la sociedad, en la primera época nacional de la modernidad, como un “contenedor” organizado estatalmente, en la segunda modernidad posnacional se desacopla la equiparación de territorio, sociedad e identidad política. Nietzsche habla visionariamente de la “edad de la comparación” y piensa con esto que la persona no solamente elige y cambia entre diferentes ofertas de tradiciones. Más bien pueden y deben las culturas del mundo, en cada lugar y momento, referirse, traducirse y compararse entre ellas

Quien quiere saber qué tan lejos un país, por ejemplo Alemania, ya es un país posnacional, puede leerlo a partir de las siguientes huellas: cuando policías alemanes tienen nombres turcos; cuando negros hablan bávaro. Cuando no se puede deducir la nacionalidad de los trabajadores de la nacionalidad de la empresa. Cuando matrimonios binacionales (en la actualidad uno de cada seis en Alemania) van aumentando. Hoy se crean también mezquitas “alemanas” al lado de las iglesias “alemanas” en las pequeñas ciudades protestantes y católicas. Soldados federales musulmanes (aproximadamente 5,000) reclaman su Imán. Para terminar: cuando también en Alemania las élites universitarias, consejeros empresariales, parlamentarios y gobernantes toman como modelo los llamados equipos “nacionales” de fútbol (Francia).

Sociedad posnacional significa globalización desde el interior. La gente trata, trabaja y se casa internacionalmente. Los hijos devienen internacionales, en otras palabras, hablan idiomas, y están educados en el generalizado no lugar de la televisión y del internet; y también las lealtades e identidades políticas ya no pertenecen al mandamiento de la lealtad monogámica nacional. Pero transnacionalidad no es solamente un privilegio de los *Global Players*. Justamente grupos marginales, discriminados e ilegales utilizan con sorprendente creatividad la transnacionalidad contra la discriminación. Para todos existe la nueva lógica social de la “distancia cercana”: el lugar no crea comunidad, pues en el lugar domina frecuentemente la soledad, el odio, la violencia. Solamente en la suspensión de la distancia, que posibilita el mundo electrónico, adquiere tal vez el vivir -aquí -como -allá - sentido social.

Muchos temen que el Estado y la ciudad le pertenezcan mucho menos a sus ciudadanos en la sociedad posnacional. Al final se origina una sociedad sin ciudadanos y así una no-sociedad. La comprensión territorial de la política, que es una conclusión equivocada, es la base de este miedo. No muere la política cuando pueblos y territorios aflojan sus organizadas relaciones nacional - estatales, sino la manera territorial de entenderla. Comienza la búsqueda, la invención, la improvisación y el espanto que esto provoca, el miedo violento. Se inicia la sociedad poscolonial y sus enemigos.

En la sociedad posnacional se entrecruzan y se refuerzan la globalización y la individualización. En el asiento catapultable de su propia biografía cada uno debe preguntarse: ¿quién soy yo? Y, sin embargo, individualización significa politización. Como reacción al desenfreno sexual se han formado círculos de mujeres, tanto en Estados Unidos como en Europa, que solamente se dejan seducir por los hombres de acuerdo a determinadas reglas: besar solo cuando tú has sido preguntada si quieres besar. La aproximación corporal debe seguir un recorrido escalonado. Se podría pensar que aquí se restablece el no de las mujeres que, en verdad, significa sí y que vuelve a la superficie la “naturalidad” de la relación sexual. Pero es una equivocación. Las convenciones que deben ser levantadas, presuponen el derrumbamiento de éstas, y son concientes construcciones políticas, restablecimientos de tabús.

¿Qué significaría cuando relaciones de parejas, en otras palabras, la división del trabajo, la sexualidad, la masculinidad y la femineidad, ya no puedan fundamentarse a través de una naturaleza dada, sino que se practiquen bajo la exigencia permanente de justicia, perspectivas y cambios de roles – pero inigualmente? ¿Qué significaría cuando los niños no son percibidos y tratados como un hecho dado por la naturaleza o por Dios, sino como una permanente tarea paterna de formación, en el cual los niños tendrían un derecho de reproche anticipado por no estar satisfechos por la herencia recibida? ¿Cuando la democracia en su reivindicación emocional es subsionada por la escasez de trabajo y por la desigualdad radical? ¿Esto significa sublevación o regresión? ¿Demostración masiva o despedida masiva de la pareja, en suma, divorcio masivo? ¿Puede darse, en términos generales, sin trascendencia buscada y conciente, una relación entre yo y yo? ¿Dónde están, por lo tanto, las fronteras de la individualización?

La individualización misma establece y multiplica sus fronteras: entre más gente se individualiza, más gente sufre la individualización de otros (divorcios, padres separados, profesión doble). ¿Cuáles son las consecuencias de la individualización para la democracia de partidos? ¿Son reconciliables, en términos generales, la determinación individual y la gobernabilidad colectiva? La corriente principal de la ciencia política asume la igualdad entre estructura social y sistema político, que – como lo muestra Michael Greven – se resume en tres premisas: colectividad de los intereses (para asegurar la capacidad de organización); lealtad clara entre los partidos y los medios sociales y, finalmente, prioridad de la identidad nacional.

Exactamente estas premisas – colectividad, lealtad, identidad nacional – se desintegran con la progresiva individualización. Se dibuja una sociedad con decrecientes lealtades de partidos e identidades posnacionales múltiples. La confianza general se transforma en desconfianza. El no-partido de los “votos en blanco” se convierte en mayoría. Se puede comprender el dilema central de la política estatal como una tijera que se abre: mientras se reduce el espacio de negociación de la política de los Estados nacionales, aumenta geométricamente la necesidad de negociación.

Pero se equivoca quien dice que el mundo deviene apolítico. Al contrario: ha devenido una fiesta anarquista de revoluciones. Este fantasma endemoniado de la globalización quisiera atraparlo con una metáfora irónica. Aproximadamente un siglo el Estado, la economía y los sindicatos han jugado a hacer pan en una caja de arena y han aprendido a tratarse civilizadamente. Eso significa que finalmente se han intercambiado los pasteles de arena según las reglas de la “tarifa autonómica” y del sistema de impuestos. Repentinamente, la economía ha recibido como regalo una enorme excavadora y limpia toda la caja de arena. El Estado y los sindicatos permanecen sentados y llaman a mami

Lo técnicamente posible crea la moral

Rompimiento del tabú por la derecha: La pregunta del “por-qué-no” es una típica construcción de conversos. Los que han sido formados en el espíritu de la Ilustración se protegen con la fuerza seductiva y juguetona del paso de la frontera para acabar con efectivos postulados ilustrados. La manera refinada de la pregunta permite invertir el juego. Los ilustrados de ayer deben caer a ciegas en la trampa de la anti-ilustración; los transgresores de tabús como restablecedores de tabús – esta puesta en escena, este desenmascaramiento propio se anticipa con el gesto decente: ¡contesta pues!

Modernización conformista: Se origina la excitación por la transgresión dirigida del tabú, entonces, así se origina la efectividad de la pregunta del por-qué-no de la modernidad conformista. La pregunta se pone al servicio del más fuerte, lo que probablemente va a suceder. La globalización transforma a la política y a la democracia en zombis – ¿por qué lamentarse posteriormente con la pregunta del cosmopolitismo democrático? Lo técnicamente posible crea la moral. No al revés. Este realismo aligera la conciencia. En el marco del ánimo de los buscadores de oro, que, por ejemplo, produce la genética humana, se invierte la carga probatoria: no se tiene que legitimar la ausencia de trabas, sino la presencia de trabas morales.

El poder de las proporciones ausentes: la pregunta del "por-qué-no" significa la inversión estratégica de poder de la emergencia en una época donde se ha perdido el ensamblaje de las proporciones. No es la religión, no es la naturaleza, no es la razón, no es la moral, no es la racionalidad científica, entonces solo queda la afirmación: ¡por-qué-no! Ésta también puede ser la pregunta de aquellos que han buscado un agarradero objetivo y que regresan con las manos vacías. La desorientación de unos es el poder de imposición de los otros.

Nueva simplicidad: las relaciones han devenido más complicadas. Ésto ya lo sabe hoy día cada niño de siete años que debe organizar su día entre padres divorciados. Correspondientemente crece la necesidad hacia nuevas simplicidades. Ésta es satisfecha con la pregunta del "por-qué-no" con un truco: se sigue la crítica de la racionalidad posmoderna y humanista y se libera a sí misma de la necesidad de fundamentación. Se reviven desvergonzadamente el aventurerismo naturalista o los más crudos nacionalismos después de ser abolido el más alto juicio de la razón. Entonces, el trato con los disfraces de la posmodernidad se parece con el trato del origen. Aquí como allá se reciclan viejas recetas y se invalida a la crítica, por un lado por la alusión a la esencia de las cosas, por otro lado por la alusión al fin del racionalismo, del humanismo, y así sucesivamente.

Irracionalidad territorial: siempre triunfa la irracionalidad territorial si se endemoniza la defensa universal de los derechos humanos como "acto terrorista en tiempos de paz" o si "la endemonización de lo nacional termina en derecho de sangre". Contra la apertura posnacional se levantan siempre imágenes de la sociedad cerrada – y no se recuerda con respecto al futuro la unidad de nacionalidad y del ciudadano universal como lo pensaron Goethe, Nietzsche, Heine, Brecht y Thomas Mann. Pues nacionalismo no es otra cosa que el regreso posmoderno hacia los orígenes y es peligroso e ilusorio en la era global.

Jamás puede haber demasiada libertad política que pueda fundamentar el dominio totalitario. Cuando se lamenta y se desprestigia públicamente la libertad del individuo, y no hay contradicción, comienza su fin.